

Elliott Ruiz

BESTIAS

DEL

TIEMPO

PERDIDO

y sus relatos

SINIESTROS

endira  
Breve

**¡Gracias por empezar a leer las  
primeras páginas de este título!  
Te doy un trato preferente porque lo  
mereces, disfruta de esta lectura y no  
te pierdas la oportunidad de tener este  
gran libro en tus manos.**

**Saludos,  
Editorial Endira**

# Índice

Una casa abandonada.....	12
Nacimiento.....	18
El hada Kai.....	21
Somnium.....	28
Cero.....	36
Yo.....	46
El espejo de Clara.....	50
La dama descorazonada.....	54
La moneda de Tattus.....	69
¿Qué es eso que vive en la casa?.....	83
Desde una jaula sin nombre.....	88
Shogul.....	91
Olom.....	102
Sanganem.....	112
Sombra.....	123
La incomprensión infinita del ser inexistente.....	136
Dalia.....	140
Histeria amarilla.....	151
La tribu de los desnudos.....	157
Villaplast.....	175
Hubiera.....	193



*Una casa abandonada*

Nadie respondió por la mansión abandonada de la colonia. No importaba cuán lastimosa era su apariencia, todos los vecinos ignoraban ese desagradable contenedor de cochambre.

Dante no se podía explicar tal indiferencia. Si bien no era normal tener que lidiar con un panorama privado por la estructura horripilante frente a su ventana, era peor intentar dialogar con sus nuevos vecinos para conocer más al respecto. La mayoría lo echó a volar, porque no solo ignoraban la casa, también se hacían creer que no existía.

La casa presumía una suntuosidad traída de un siglo lejano, en medio de un jardín pordiosero que abarcaba una extensa glorieta; puesta como si fuera el ombligo de la colonia, figuraba un palacio ancestral hundido en la soledad, y exhibía sus grandes ventanales góticos, forrados de polvo y telarañas. Estaba bardeada por una verja elegante, pero infestada por una vegetación defensiva, árboles titánicos y una muralla de arbustos siniestros cual fiesta de agujones ponzoñosos.

Era una evidente y acentuada llamada de atención para cualquiera que pasara por ahí, pero al parecer no era digno de apreciarla. Su estilo no era similar a los hogares coloridos y modernos que decoraban el vecindario. Esta marcaba su límite, como si defendiera su territorio antiguo del mundo actual; era quizás una mala broma de Dios, quien robó el pedazo territorial de una edad ancestral y la colocó en un pueblo avanzado. Dante se imaginaba los grandes kilos de historia que habitaba en sus entrañas. El niño de nueve

años generó alguna clase de apego con esta casa, no era por sus muros marrones arruinados, ni por el óxido que rayaba las bardas negras en su arquitectura, era por lo que significaba una pieza esplendorosamente fea para un pueblo sin asombro. El chico sentía que no veían más allá, como si se cegaran a los misterios que albergaban por dentro, como lo hacían con él. La imposibilidad de hacer amigos lo hacía invisible ante los demás.

Además de poder identificarse con su misterio, la constante observación de esta pocilga también hizo que descubriera algunos fenómenos fuera de lo común.

Se percató que las personas no solo trataban a la casa como un lugar inexistente, también la evitaban sin que se dieran cuenta. Todos se alejaban a una distancia específica, como si delimitara una barda invisible que no dejaba caminar cerca a cualquiera.

Los pájaros también permanecían distantes, ninguno se atrevía a volar encima de esta; incluso las hormigas trazaban un límite mientras rodeaban la casa. Dante intentó hacerlas entrar más allá del muro invisible lanzando migajas de pan, pero no entraron. Las palomas igualmente ignoraron su caridad.

Un reloj descompuesto que apenas se asomaba en una torre dentro de la maleza declaraba otra incógnita que complicaba más el misterio de la casa. Los segunderos daban su rutinaria marcha en rueda, pero jamás pudieron mover el minuterero el cual se quedó atascado en el número doce. A diario se escuchaba el pestañeo de los segundos cruzando por un infinito de horas imprecisas.

Después supo que no era el único reloj descompuesto. Un día él pasó muy cerca de la mansión mientras veía la hora de su reloj de mano. Fue ahí cuando notó que el minuterero de su reloj tampoco avanzaba.

Asustadizo por la magnitud de la rareza, continuamente salía a medianoche a colocar un reloj muy cerca de la casa; primero aseguraba que el reloj estuviera funcionando, y que tuviera la hora correcta; después, sigilosamente se acercaba de puntitas y lo colocaba cercano a la verja. Sintiendo los efectos macabros de la casa al anochecer, él huía apresurado y se aventaba sobre los arbustos de su casa para ocultarse. Con sus binoculares veía lo que siempre ocurría: los minutereros del nuevo reloj dejaban de avanzar mientras los segunderos seguían su camino.

Sin ser científico calificado y por medio de la constante observación, consideró que el tiempo estaba enfermo. Había una fuerza invisible que alteraba la naturaleza cerca de ahí y que incrementaba conforme se veía a la maleza conquistando más terreno fuera del límite, y cada vez a más relojes fallando.

Al captar que los niños tenían problemas con la puntualidad en la escuela, al igual que los adultos en sus trabajos, descubrió que todos los relojes se comían discretamente un segundo; cada segundero cercano al vecindario engañaba. A veces daban un brinco poco antes de llegar a la punta, saltándose completamente el número doce.

Eso le pareció fatal. ¿Cuántos segundos se perdieron? ¿Habría consecuencias desastrosas

con aquella sucia jugada del tiempo?

El niño intentó advertirle a los demás, no obstante, él era pequeño, vulnerable y raro para que lo tomaran en serio; con sus problemas de adaptación social, el chico era constantemente molestado por los niños del barrio. Acudir a un mayor era imposible, ya que los adultos se la pasaban ocupados en sus trabajos.

Colgado en las ramas de un árbol, en donde se refugiaba de los rebeldes, él nutría su incansable fascinación por el fenómeno. Aquella altura era suficiente para contrastar una mansión vieja e incolora con un vecindario brillante y cautivador.

A pesar de vivir en un vecindario bonito, era una masacre rutinaria y aburrida, y una escasez de historias que lo hacía poco interesante; la casa, en cambio, era ese libro secreto que arrebatava las historias no contadas, pero ¿por qué era tan envidiosa?

Un día después, mientras Dante contemplaba la gran casa abandonada, conversaba con su hermano mayor, quien estaba distraído con su celular. Sentados en la banqueta, sus diminutos cuerpos eran arrollados por aquella construcción imponente, melancólica y sin vida.

—¿Qué sucede con las historias no contadas? —preguntó Dante.

—Simplemente no existen —respondió desinteresado el joven.

—¿Y con las historias no contadas que sí existen? —volvió a preguntar.

—No nos importan —contestó indiferente ya que él estaba más atento interactuando en las redes sociales.



—¿Y si me importan? —insistió.

El joven volteó a ver a su hermano pequeño, quien no saciaba su curiosidad con sus respuestas.

—Entonces eres de otro mundo —se levantó y antes de retirarse le insinuó un llamado a la aventura—, supongo que tú y esa casa fea se entenderían perfectamente.

Era la primera vez que alguien más mencionaba algo respecto a la casa. Eso le pareció una señal, percibió que una fuerza lo invitaba a la misión.

No era suficiente explicar el misterio desde afuera, sin lugar a duda él tenía que entrar y poder responder aquellas preguntas por su cuenta, no importaba qué tan peligroso fuera tal hazaña.

Cansado de la indiferencia de la comunidad, él emprendió la búsqueda de las historias no contadas y de las respuestas necesarias para entender la anomalía del tiempo descompuesto.

Se veía imposible entrar a la casa; de cierto modo, cualquiera estaba obstaculizado por las fuerzas incomprensibles que nacían ahí.

Sin embargo, el destino le concedió la llave a un ser curioso, quien no pertenecía al grupo de los “cualquiera”. Dante se arrastró entre la endemoniada maleza, se escabulló de todos los peligros y su cuerpo diminuto accedió sin problema.

Eso fue lo último que se contó de aquel vecindario antes de desaparecer. Por alguna extraña casualidad, las personas lograron hallar finalmente a través de sus ventanas el enigma de la mansión que tanto ignoraban, esa que juraban no haber visto nunca. Fue un despertar abrupto e inesperado, preciso para ver cómo la vida se hizo

cruel, preocupante y escasa de tiempo. De repente, todos fueron testigos de lo que tanto mencionaban algunos creyentes con sus pancartas: el fin del mundo había pasado en aquel instante.



Supiste desde un inicio que un monstruo acechaba tu refugio, percibiste sus intenciones cuando nadabas en aquella pecera; en cuanto acercó sus grandes ojos y traqueteó sus garras en tu blandura, ahuyentándote como un atormentado e indefenso pecesito.

Escuchó tus primeros latidos y fue testigo de tu gran poder titánico, semejante a una inminente colisión de planetas; eras una pequeña semilla cuando apenas lo hiciste tambalear, pronto fuiste un objeto de engañosas florituras y los intrusos que se sumergieron a tu mundo tuvieron la oportunidad de arrebatarte un don preciado.

Creación fuiste desde un inicio, aclaraste la tempestad, pintaste con acuarelas de mil soles tu recinto y destinaste un mundo estable donde podías ser lo que querías. Esa magia emergió cuando eras una minúscula larva; de esta forma, seguiste creciendo para obtener tu merecido libre albedrío.

No obstante, la bestia te localizaba a cada rato, ese gran monstruo te anticipaba un espacio prometedor sin darte cuenta de que estabas regocijándote en su lengua.

Una cabeza de marte fue tu figura inicial inyectarte una porción de sus genes, también tus dos brazos de chupón, tus piernas montañosas, un par de pozos negros arriba de tu boca de cañón. Te jaloneó, te amasó y te esculpió a su semejanza y a la estructura de sus similares.

Después el rosa se volvió tu color favorito en cuanto supo que eras fémina, un monstruo te llamó Aurora y de repente todos los demás de la caverna repitieron tu nombre. Cuando dejaste de ser embrión, era "Aurora" quien ya estaba escrito en los muros, Aurora en los papeles, Aurora en las

prendas, Aurora en boca de todos.

Plantaron un campo de trigo en tu cabeza, llenaron tus pozos con aguas cremosas, estiraron tu rostro para colocarte dos grandes cuevas. Apenas entraban las aguas con las que te alimentabas en tu pesebre y eran molestas porque formaban huracanes dentro de tu cuerpo encorvado, espirales abrieron dos vórtices en tu nuca y por ahí entraron los melodiosos cantos de las criaturas que intentaban anestesiar te para el día de la revelación. Por más que pataleaste para defenderte, no fuiste lo suficientemente fuerte para lidiar con esa pesadilla.

Ya eras monstruo como todos ellos, olvidaste tus instintos místicos porque la belleza de la creación se oscureció. Comiste de sus rasgos, de sus culpas, de sus desdichas, de sus deudas, de sus intenciones; te hiciste de su vida, de sus conocimientos, de sus reglas.

Cuando el libro de la vida al fin pronunció los capítulos finales, ya tenías una historia acabada sin siquiera haber nacido.

Hoy te toca salir de aquel hoyo negro. Sé que será difícil en la otra dimensión, pero es mejor dejarse llevar por aquellas manos rasgadas que te tomaron de la cabeza. No te preocupes, no tengas miedo, porque es mejor ser monstruo en la tierra de los monstruos que no serlo y terminar en las fauces de sus penas.

No obstante, no todo es tan monstruoso como parece, porque a pesar de que tu fuerza se oscureció un rato, esta prenderá conforme te elevas hasta ser un árbol en el jardín donde te han plantado.



Siembra tu arena en mi reloj,  
Como un hada a tu fortuna te guio.  
¿Evitaste recorrer mis sabios caminos?  
Perdida tu alma, envejece conmigo.

El escritor famoso Vel, quien terminó su vida escribiendo letra tras letra sus frases inconclusas, redacta desde la primera hasta la última página de su libro:

*No hagas tuyo lo que otros vivieron para contar.  
Fin.*

El joven Vel era voluntario en el “Enjambre de las ideas”. Era un asilo de autores ancianos donde sus creaciones artísticas aún se compartían y sus conocimientos se enseñaban; así mientras los ancianos descansaban, las ideas frescas seguían siendo su principal motor de vida.

El joven voluntario, quien alguna vez aspiró a la fama, pensó que podía contagiarse de buenas ideas, pero aquella incapacidad de alcanzar la fortuna lo llevó a ser un ratero, rencoroso y mal cuidador, quien a veces drogaba a los ancianos para robarles las ideas mediante charlas amistosas. A veces vendía en secreto las pinturas de algunos ancianos o les quitaba a los escritores las hojas donde escribían sus numerosas lluvias de ideas.

El alma ennegrecida de Vel lo fue llevando a malos hábitos en su vida, uno de aquellos dañinos fue el uso excesivo del incienso de seda. Misteriosos brujos y chamanes usaban el incienso de seda para atrapar y esfumar pensamientos. Las personas generalmente acudían a esta hechicería

para desaparecer malos recuerdos o para eliminar planes maliciosos con este aroma mágico.

El joven voluntario, cuando nadie lo veía, encendía el incienso mientras algún artista se ponía a escribir, a componer música o a pintar algún lienzo. El cúmulo de emociones renacidas de aquellas actividades artísticas se esfumaba en... un humo que Vel inhalaba con una especie de cachimba pequeña.

Le fue tan efectiva esa magia oscura que aquellas ideas robadas le permitieron escribir sus primeros cinco libros, tener numerosos contratos con editoriales y varias conferencias de prensa.

Por otro lado, los ancianos artistas comenzaron a decaerse. El asilo no sabía lo que ocurría con los artistas ya que tenían problemas inusuales de memoria, padecían a veces de incapacidades ordinarias como hablar, comer o incluso dormir, y no se diga del arte, el cual escaseaba conforme Vel se enriquecía de pensamientos ajenos.

La obsesión del famoso escritor y voluntario Vel le permitió poseer conocimientos artísticos, convirtiéndose en un símbolo contemporáneo, pero a la vez cargando con un alma vacía y podrida.

No fue hasta que su maldad picó el anzuelo de algo que no se esperó. Vel tenía constantes visiones y recuerdos que no le correspondían, como la desesperación del pianista Joe al ver a su familia una vez al año; el enfado de la escritora Bertha al fracasar su amorío con alguien que la dejó; o el miedo del fotógrafo Fausto al vivir en persona los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Vel hizo de su cuerpo un contenedor de recuerdos y emociones, le tocó el precio de lidiar con sentimientos caóticos que los mismos artistas



ancianos escondían tras sus obras, pero de aquellas visiones que a menudo lo fatigaban, emergió una que empezó a triturar su cabeza. Ese recuerdo era del controvertido y lunático escritor Asaid, apodado como “el marchito”. El desquiciado narra acerca de un misterioso ente fantasmal en cada una de sus obras; era espeluznante verlo escribir, ya que el anciano carecía de emociones y de expresiones faciales, como si lo único que funcionara en él fuera su talento, y sus inquietantes manos escritoras.

Hasta ese entonces se escuchaba la leyenda de ese escritor, quien bajo la maldición de una deidad del tiempo, “El hada Kai”, él vivía sin vivir. El tiempo de su cuerpo seguía envejeciendo, pero el tiempo de su alma ya estaba muerto; el pacto que hizo con la bestia para encontrar su fortuna, junto con sus malas decisiones, le desgastaron su tiempo espiritual, haciéndolo un cuerpo inerte, sin propósito, sin presencia, sin vivencia. Asaid no se daba cuenta de sus acciones, solo escribía en la máquina una y otra vez lo de siempre: el trauma con esa criatura, la cual se presentó siendo una hermosa y milagrosa hada de arena y que conforme Asaid perdía el tiempo; ignorando los caminos que ofrecía Kai; y manteniendo su obsesión por la fama, el ente se hacía una longeva y monstruosa versión de él tallado en arena.

A pesar de que esa historia fantasiosa de un loco, no le correspondía a Vel, el excesivo uso de incienso de seda introdujo el temible pensamiento del “marchito”. Vel empezó a sentir un miedo inusual a todo, no sabía a qué, pero mostraba repulsión a las cosas. El tictac del reloj de la sala

común le retumbaba muy fuerte, casi como si le dieran terribles campanazos en los tímpanos.

A diario notaba el asilo más sucio, se ponía a barrer seguido y juraba sacar de cada habitación un costal lleno de arena. Se ponía agresivo con sus compañeros de trabajo, exigiéndoles no traer más arena consigo, pero ellos callaban porque pensaban que era un maniaco que veía cosas inexistentes.

A veces las palabras no llegaban a sus oídos, le daban alguna tarea y él gritaba para que le dijeran las cosas en voz alta, ya que los campanazos del tictac seguían pronunciándose en su cabeza como pelotas rebotando dentro de un contenedor metálico.

Un día, cuando limpiaba algunos cubiertos en la cocina, Vel sintió el suave toque de un viento inusual en su cuello; de ahí, un susurro que lo llamó por su nombre. Una persona diminuta hecha de arena se paraba en su hombro y le cosquilleaba la oreja con palabras reconfortantes:

—Escucha tu fortuna —cantaba el hada una y otra vez.

Vel amó aquella sensación; el hada de arena voló a su alrededor sobre un pequeño torbellino mientras repetía la frase cual canción de cuna. Aquella nube arenosa lo cautivó y lo llevó como perro con correa a la sala donde los ancianos dormían.

No obstante, la sala estaba desértica, llena de arena, plantas muertas y ancianos huesudos totalmente disecados sobre sus sillas. Desde la ventana, el anciano Asaid “el marchito” era el único vivo, quien tecleaba con velocidad su máquina de escribir. Las hojas salían frescas con

pensamientos bellos en retóricas, pero eternos en monotonía, concluía una página, y esta volaba directo al rostro perdido de Vel.

Las notas lloraban por Vivian, la difunta esposa de Asaid; describían una misma miseria en distintas palabras, invitándolo a sentir el dolor de su vacío y las imágenes del cuerpo de su esposa, quien, padeciendo de olvido y desamor, terminó ahogada en el mar. Después redactaba la presencia de un monstruo anciano con piel bronceada y empolvada, abrigado con una capa de latón, tenía el aspecto del mismo Asaid, pero con un rostro delgado y una barbilla larga y entubada. Tenía un vientre sumamente delgado, piernas chaparras, costillas gruesas y saltonas; venas translúcidas donde en lugar de sangre, corrían las arenas del tiempo; y un reloj de arena cristalino enorme clavado en su diafragma. La bestia se escondía tras su cabellera alambrada y canosa, pero describía que de vez en cuando despejaba su rostro con sus dedos largos de navaja para limpiarse las lágrimas de arena que esparcían sus ojos.

El tictac sonó una vez más golpeándolo, ya no solo en los oídos, también tamboreaban por cada latido en su corazón. Vel miró al escritor lunático y a este le brillaban los ojos como el choque de dos soles, de poco a poco su cuerpo de arena se desvaneció. Fue en ese momento cuando el hada voló y empezó a torcerse en el aire, su cuerpo diminuto crecía conforme sus huesos se fragmentaban. El hada aterrizó en el suelo, pero con un cuerpo monstruoso que iba adquiriendo la forma del viejo Kai. La transformación se completó

detrás de un repentino remolino de arena que nació donde Asaid se había desvanecido.

—Asaid, tu tiempo habré de reciclarlo —dictó la bestia con firmeza.

—Pero yo no soy Asaid —suplicó impactado a la temible bestia.

El monstruo limpió una de sus lágrimas, tomó con fuerza el reloj de arena incrustado en su diafragma y lo giró lentamente absorbiendo todo el desierto de la habitación. El caos se limpió de inmediato, pero el crujiente y viscoso giro del reloj también le dio vuelta al joven escritor; su alma se desprendió un instante de su cuerpo y regresó siendo fría y cruda. El poder del hada Kai desapareció todo lo funesto, pero se llevó consigo a aquel Vel ratero, ambicioso y soñador.

Sin darse cuenta, Vel estaba escribiendo una vez más las mismas palabras en su nuevo libro, pensando que una buena idea le había surgido en su cabeza, inconsciente de que esa historia ya la había escrito en cientos de libros apilados a su alrededor. Esta era la fantástica historia de un joven que se deleitaba con el aroma de las buenas ideas, de los frutos de la fama, del poder y de la sabiduría. El artista, como si fuera de un día para otro, ya era un anciano lunático que expresaba sus locuras en el “Enjambre de las ideas”, sin poder detenerse hasta el final de sus días.

**¿Quieres continuar leyendo este libro?**

# ¡ADQUIÉRELO!

Dale clic aquí

Envío GRATIS a toda  
la República Mexicana

Encuétralo en tu  
librería favorita

*¿Tienes alguna duda?*

**CONTÁCTANOS**

[lectores@endira.com.mx](mailto:lectores@endira.com.mx)



EditorialEndiraMX